

REVISTA LATINOAMERICANA DE ECONOMÍA

PROBLEMAS DEL DESARROLLO

Vol. XXIII

julio-septiembre 1992

OPINIONES Y COMENTARIOS

LA NEGOCIACIÓN DEL TLC: ANÁLISIS DE LOS AVANCES DIVULGADOS

José Rangel D.

Carlos A. Roza

Gilberto Ortiz M.

Arturo Ortiz Wadgyamar

Victor C. García Moreno

Irma Manrique

Víctor M. Bernal Sahagún

Ma. Teresa Gutiérrez H.

Antonio Tenorio Adame

Elaine Levine

ENSAYOS Y ARTICULOS

Armando Labra: Economía y política del TLC

Arturo Bonilla S.: El TLC y la guerra económica mundial

John Saxe-Fernández: América Latina-Estados Unidos en la posguerra fría: apuntes estratégicos preliminares

José A. Alonso: El TLC y la industria mexicana: un acercamiento sesgado desde el sector informal

Manuel Aguilera: Reflexiones sobre el desarrollo económico.

Isabel Rueda P.: El sistema de administración de calidad total: la experiencia de AHMSA

HOMENAJE A ALONSO AGUILAR M.

Fernando Carmona

D.F. Maza Zavala

Alonso Aguilar Monteverde

Víctor M. Bernal S.

Pedro Vuskovic

TESTIMONIO

Imanol Ordorika S.

LIBROS



Alonso Agullar Monteverde. 70 años de fructífera vida

Fernando Carmona*

“Solo se puede ser un verdadero científico si se es un verdadero ciudadano”.

La frase es de Narciso Bassols, el excepcional estudiante y maestro universitario que fundara los estudios de Economía en la UNAM y el país en 1929, también excepcional ciudadano quien varias veces renunciase por cuestiones de principio a los más altos cargos del Estado y abrazara el camino de la oposición a los gobiernos que después del de Lázaro Cárdenas pusieron, con éxito, todo su empeño, ya como representantes de una burguesía que había logrado consolidarse, en liquidar la orientación justiciera y nacionalista, aun antimperialista de la Revolución Mexicana.

Al seguir, hasta su muerte, la misma línea de principios, Bassols quedó arrinconado por “los vástagos de la segunda generación”, sedicentes “herederos de la Revolución” de que habló Luis Cabrera, por los nuevos políticos millonarios, desde luego por la derecha y también por la izquierda dogmática de un largo entonces. Murió dignamente pobre, pero dejó una profunda huella por

* Investigador Titular del IIEc, Emérito y Premio Universidad Nacional Autónoma de México. Actual coordinador del Seminario de Teoría del Desarrollo del IIEc.

su pensamiento y su ejemplo de congruencia y honradez, por su certero conocimiento de las realidades históricas del mundo y de México en la era imperialista, así como de las consecuencias para nuestra nación y para las seculares luchas de nuestro pueblo, y por su inculdicable entrega a aquélla y a éstas que los jóvenes de hoy por desgracia parecen ignorar. Y unos pocos discípulos en una siguiente generación, el más destacado de los cuales, pienso, es Alonso Aguilar Monteverde.

Alonso cumplió hace tres meses 70 años de fructífera vida y cerca de seis décadas, desde su lejana pubertad de estudiante de secundaria en una escuela provinciana de Sonora en los años convulsos de la Gran Depresión capitalista, el contrastante segundo plan quinquenal soviético y el Plan Sexenal en México, hasta el momento mismo en que estamos aquí reunidos, de participación en las luchas sociales y políticas de nuestro país, siempre desde una inequívoca y para él irrenunciable posición de izquierda.

En aquellos años declinaba la estrella de la dinastía política sonorenses y empezaba a brillar en el firmamento la del cardenismo. En este sexenio, por circunstancias familiares hace estudios de preparatoria en Guadalajara donde se suma a los estudiantes socialistas, e ingresa a la Escuela de Derecho en la Universidad Nacional, donde es promotor de la Asociación Revolucionaria de Estudiantes (la ARDE), organismo pluriescolar del que son también miembros algunos jóvenes que habrían de ser prominentes políticos mexicanos, como Luis Echeverría y Jesús Reyes Heróles. Y cuando se identifica, traba amistad y gana el respeto y la confianza del maestro Bassols, Alonso es ya un joven abogado que había obtenido su título —pergamino que me consta jamás recogió de las oficinas de la UNAM— a los 21 años de edad, la estrella que ahora se desvanece en el horizonte es la de la Revolución Mexicana.

Su creciente y cada vez más profunda comprensión de las causas reales del quiebre antirrevolucionario, de aspectos tan sobresalientes de la nueva realidad mexicana como son los de la política económica y en especial la monetaria y financiera, convertido en un joven profesionista empleado en la Dirección de Crédito de la todopoderosa Secretaría de Hacienda —donde entre amigos que aún lo aprecian y respetan conoce a Ricardo Torres Gaitán—, así como su creciente asimilación de la dialéctica marxista, lo conducen a estudiar por su cuenta Economía, sin desdeñar nunca el estudio de la teoría burguesa convencional, para aplicarla a una

exigente interpretación de los hechos complejos y cambiantes siempre desde su inmarcesible sentido de justicia y su convicción democrática, patriótica, nacionalista, socialista.

Los únicos estudios escolares de Economía que llega a realizar son en la Universidad de Columbia, en Nueva York, durante dos años, cuando se iniciaba la "guerra fría", pero sin que —como su pergamino de abogado— en modo alguno le interesara formalizarlos en una maestría, y en visita de estudio directo en varios bancos e instituciones financieras del mismísimo Wall Street, enviado por la Nacional Financiera donde pasa a ser jefe del Departamento de Estudios Financieros. Ricardo J. Zebada, Ramón Beteta, Antonio Carrillo Flores, Rodrigo Gómez, Antonio Ortiz Mena, personajes todos importantes de la conducción de la economía nacional, valoran las crecientes capacidades de Alonso como analista de los fenómenos económicos.

Pero él, que renunció a convertirse en un joven alto funcionario de Hacienda con Beteta —el tío de Mario Ramón— en el sexenio de Miguel Alemán, cuando la ruptura con la orientación cardenista fue definitiva, también decide desde esos años seguir el camino que le marcaban su convicción y su vocación. El ganarse la vida en aparatos del Estado, donde por lo demás trabaja y estudia duramente, le deja valiosas enseñanzas, pero no lo castraría como a tantos otros ni lo apartaría de su decisión de dar a su vida otro sentido, apoyada en principios y no en personales conveniencias.

Hace periodismo y escribe centenares de artículos, se vincula al primer intento de una revista *Política* en los años cincuenta y al segundo, de los sesenta, con el que rompe por las inconsecuencias que advierte. Con Narciso Bassols Batalla crea la revista *Índice* en 1951 —a la cual por cierto quien habla se vincula desde ese mismo año—, cuyos análisis objetivos pero incisivos e independientes, le valen a Aguilar Monteverde, por las expresas instrucciones del presidente Miguel Alemán, su fulminante cese ejecutado por los mismos Beteta y Carrillo Flores.

Desde las páginas de esta publicación trimestral Alonso combate el desarrollismo, la corrupción, el abandono de las soluciones revolucionarias, se adelantaría a los teóricos de la *stagflation* y demostraba los porqués y las consecuencias para México y nuestro pueblo del estancamiento con inflación de los últimos años del ale-

manismo, por obra y gracia de las crecientes concesiones del gobierno al capital nacional y extranjero.

La edición de la revista continúa hasta 1953, pero se impide a Aguilar cualquier empleo como economista en todos los sectores del Estado. Ya con el nuevo gobierno se incorpora al Banco Nacional de Comercio Exterior, pero cuando, en años del *dumping* algodónero estadounidense que golpea gravemente las exportaciones mexicanas, Alonso forma parte de una delegación negociadora mexicana que va a Washington, es abruptamente retirado de ésta por órdenes expresas del presidente Ruiz Cortines, y durante algunos años, hasta 1961, se sostiene con un despacho de investigaciones económicas desde donde por cierto realiza no pocos importantes estudios (sobre inversión extranjera, la industria textil, la automotriz, el sistema crediticio, el comercio exterior).

En 1954 se funda el Círculo de Estudios Mexicanos, un organismo crítico e independiente, del que pronto Aguilar Monteverde sería un presidente varias veces reelecto. Ignacio González Guzmán, Enrique Cabrera, Guillermo Montaña, Jorge L. Tamaño, Elí de Gortari, Francisco Martínez de la Vega, José Alvarado, Jorge Carrión, Ignacio Aguirre, José Chavéz Morado, José Luis Ceceña, Manuel Mesa Andraca, Angel Bassols, quien les habla y —en un principio— Guillermo Haro y Pablo González Casanova somos algunos de sus fundadores.

Otros esfuerzos en que participa la intelectualidad avanzada de México elegirían a Alonso a la cabeza de la dirección. Menciono dos: el Comité Impulsor de la Lucha por la Paz, fundado en 1959 y que organizaría la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz que preside Lázaro Cárdenas en marzo de 1961; y el Movimiento de Liberación Nacional que nace en agosto de ese mismo año y experimenta un notable ascenso en el tiempo en que Aguilar es el coordinador de un Comité Nacional y su Comisión Ejecutiva de la que también forman parte Cuauhtémoc Cárdenas y varios de los fundadores del Círculo de Estudios Mexicanos.

Le siguen después un esfuerzo editorial independiente que cumplió ya 25 años de presencia nacional, la revista *Estrategia* publicada sin interrupción desde el primer bimestre de 1975 y el Movimiento del Pueblo Mexicano, una organización política no partidaria y con una concepción abierta y unitaria que aún debe-

rá bregar arduamente para abrirse paso, desde agosto de 1987, de todo lo cual él ha sido y es el principal inspirador.

Desde principios de los sesenta se inicia una línea paralela en la vida de Alonso Aguilar, cuando ingresa de tiempo completo al Instituto de Investigaciones Económicas a ganarse la vida como un modesto académico universitario. Si no lo cumplió ya, está a punto de llegar al medio siglo de escribir y publicar. Pero toda su obra principal se vincula con nuestro IIEC: desde su primer libro, *El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson*, publicado en 1965 por don Jesús Silva Herzog como parte de las colecciones editadas por *Cuadernos Americanos* y editado en inglés por la *Monthly Review* de Sweezy y Huberman, en 1968, hasta su lúcido ensayo "Reflexiones sobre el desarrollo latinoamericano y la realidad de hoy", en el libro *¡Hagamos cuentas... con la realidad!* que salió al público a mediados de 1991.

Si de su creatividad científica ya había dado amplias muestras en años anteriores, a partir de 1964-1965 contribuye al pensamiento latinoamericano con las categorías que fundamenta en dos ensayos publicados por *Investigación Económica*, la revista trimestral de la hoy Facultad de Economía que fundase en 1941 el propio maestro Silva Herzog, hasta 1967 encomendada al IIEC que también creó don Jesús. Me refiero a las del capitalismo del subdesarrollo, como un modo de producción bien definido, la de dependencia estructural, la de clase dominante-dominada y otras, que luego aplica en su *Teoría y política del desarrollo latinoamericano* (1967), por desgracia agotado y desaparecido de la circulación desde hace dos décadas a pesar de sus ediciones en otros idiomas y países, y *Dialéctica de la economía mexicana*, de 1968 que ha merecido una treintena de reimpressiones.

Su constante incursionar en la teoría y en la realidad, su creciente dominio de la Economía Política y del marxismo presentes en su *Economía Política y lucha social* de poco después, le llevan a estudiar —e inducir a otros a hacer lo mismo—, tanto desde una vertiente teórica como empírica, el proceso de acumulación y la composición de la clase dominante mexicana y concretamente de la oligarquía y sus bases de sustentación, la naturaleza y funcionamiento del mercado y del Estado, la concentración agraria, las formas de articulación de nuestra formación social, el carácter de la crisis del capitalismo y luego la del socialismo, los ciclos de rotación del capital, los cambios en los patrones cíclicos, la quiebra

de los mecanismos de regulación y muchos problemas más, impresos en libros, ensayos y artículos, la mayoría de éstos en *Estrategia*, en la que en cada uno de los 105 números bimestrales publicados se recoge alguna contribución suya.

En estos años demuestra que el capitalismo mexicano se ha convertido en capitalismo monopolista de Estado, desde luego en el marco del subdesarrollo, que el imperialismo no es sólo una política ni una mera acción exterior sobre nuestros países, sino la realidad interna misma, una de cuyas más importantes expresiones, la recomposición del capital en curso, Alonso nos ha explicado hace unas horas, en la última sesión del II Ciclo Internacional del Seminario Teoría del Desarrollo (STD).

Objeto destacado de su atención son los problemas de las luchas de clases y del esfuerzo revolucionario de los pueblos, primero que nada el de México: la correlación de fuerzas, la cuestión del programa, la de las fases de la lucha, las contradicciones y enemigos principal y secundarios y los planos e instancias interrelacionados en que se manifiestan, el papel de la unidad, el proceso cultural, el pensamiento político mexicano y latinoamericano, etcétera.

* * *

“¡Alonso Aguilar es un monstruo, dejémoslo aparte!”, observó el maestro Silva Herzog cuando la Comisión Dictaminadora del IIEC que éste presidió, cumplía la delicada tarea de analizar las trayectorias y los currículos de cada quien (por cierto, a mí como director entonces del IIEC me costó un buen esfuerzo lograr que Alonso, siempre renuente a ocuparse de sí mismo, presentara el suyo y de seguro parcamente incompleto, como no fue fácil convencerlo a que aceptara recibir nuestro reconocimiento colectivo esta tarde) y reclasificar al personal Académico del IIEC en 1971 en cumplimiento de un nuevo Estatuto del Personal Académico de la Universidad.

Pero en este modesto acto quisiera sobre todo enfatizar que los aportes de Alonso al desarrollo del Instituto en sus primeros años de vida autónoma, desde hace casi un cuarto de siglo, fueron múltiples: en la preparación del proyecto de la revista *Problemas del Desarrollo*, con su enmarcamiento latinoamericano, en el Comité Editorial de la misma, en el Consejo Interno, en la planeación y

puesta en marcha por él, quien también había sido *factotum* en la adopción de un nuevo sistema escolar de seminarios en la entonces Escuela Nacional de Economía, de los primeros dos seminarios de Investigación en el IIEC: el de Explotación en el Campo en 1971 y el de Teoría del Desarrollo (STD) que después de varios meses de planeación y organización echó a andar a principios de 1973 y pronto cumplirá dos décadas. En años más recientes, quienes hemos formado parte del jurado del Premio Jesús Silva Herzog, apreciamos sus siempre certeros juicios.

Fruto de su trabajo de coordinador e investigador del STD, sobre cuyos cauces se pensó, organizó y concluyó esta mañana el II Ciclo Internacional, son libros de Aguilar Monteverde tan importantes como *Teoría leninista del imperialismo* y *La crisis del capitalismo* y otros más, aparte de los colectivos e individuales realizados por otros compañeros, varios de ellos coordinados y editados por él.

En fin, Alonso se ha retirado del Instituto para dedicar lo que le reste de vida a la lucha para la que nació y en la que habrá de morir. Pero no se desvincula de nosotros. No ha dejado de ser un científico social, pues no deja de ser un ciudadano íntegro, revolucionario, que requiere de la verdad para servir a su pueblo.

Ha estado atento al desarrollo del II Ciclo y como dije, apenas esta mañana tuvimos una rica colaboración suya más. Convencido como está de que una condición imprescindible de todo esfuerzo por transformar la injusta realidad es el conocimiento fundamentalmente certero y concreto de ésta, ahora dedica su atención a la recomposición del capital en México, es decir, el hecho profundo que permite comprender la reestructuración del capitalismo mexicano bajo el influjo de las poderosas fuerzas internacionales y nacionales actuantes en estos años de profundos e inesperados cambios.

En nombre de mis compañeros del STD y, como reza la expresión, única de ritual que hay en mis palabras, en nombre propio, y seguro de que también en el de otros muchos compañeros que han conocido a Alonso en este Instituto y fuera de él, le deseo salud y éxito en esta etapa final de la vida. Su éxito será también el nuestro.

Homenaje al maestro Alonso Aguilar Monteverde

Víctor Manuel Bernal Sahagún*

Cuando el maestro Carmona me invitó a hacer uso de la palabra en este acto de reconocimiento a la prolífica y valiosa labor que durante varias décadas ha realizado uno de los mejores y más destacados investigadores y maestros que han entregado su esfuerzo y dedicación al Instituto de Investigaciones Económicas, me inundaron una serie de reservas para aceptar.

Desde luego no por que el maestro Aguilar no tuviera méritos más que suficientes para recibir reconocimientos como el que hoy se le hace, ni por falta de afecto o de convicción de la importancia de su quehacer teórico-empírico y de sus aportaciones a diversos campos de las ciencias sociales.

Las reservas surgían, primero, de la reticencia de quien habla a los elogios y la adulación, actitudes en las que es más fácil caer que levantarse; en segundo, por la dificultad intrínseca de hablar de un compañero, colega y amigo junto al que se ha caminado por casi cuatro lustros, en las rutas de la academia y la acción política.

Pero eso no es todo. Tal vez la reserva de mayor peso es la visión personal del maestro Aguilar sobre homenajes y reconocimientos. A lo largo de su vida se le han propuesto distinciones como el emeritazgo universitario, y candidaturas a premios diversos, distinciones que, cordial pero firmemente él siempre ha declinado.

Pero una consideración opuesta me hizo aceptar intervenir en este acto: el hecho irrefutable, que ni la modestia de Alonso Aguilar puede detener, de la necesidad de revalorar el trabajo académico serio, riguroso y honesto, como el que ha realizado durante toda su vida.

* Investigador Titular y Secretario Técnico del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

Su obra académica es bien conocida y *reconocida* por múltiples generaciones de universitarios y no universitarios, como lo demuestra el hecho de que sus libros principales han tenido docenas de reediciones, con centenares de miles de ejemplares, lo que no es común en el ambiente académico, o aun en el literario de cualquier género.

Y aquí me refiero exclusivamente a las ediciones registradas y de carácter legal, pues durante muchos años varias de sus obras fueron reproducidas por la libre, "pirateadas" pues, en lenguaje coloquial, y circuladas abierta o clandestinamente en casi todos los países de América Latina.

Su influencia académica es de tal importancia que sus obras, desde las primeras hasta las más recientes, han sido materiales de cita obligada en los análisis y para los investigadores de la realidad económico-política de México y América Latina, según consta en las fuentes de referencia documental a las que tan afectos son los estadounidenses. Baste revisar cualquier directorio sobre ciencias sociales y los registros estadísticos testimoniales, para comprobar que Alonso Aguilar es uno de los especialistas con mayores citas en la región, ya fuera de quienes están de acuerdo con sus planteamientos y posiciones, o de quienes no estándolo, tratan de demostrar errores e inconsistencias. Intenciones raramente llevadas a buen término por los detractores.

De ahí que su presencia en debates, conferencias y mesas redondas siempre fueron de las que mayor concurrencia atraían, y lo siguen siendo.

Sólo como un ejemplo, recordemos los debates sobre temas de historia y periodización de México, en la entonces Escuela Nacional de Economía, en las que había que poner altavoces en el exterior del auditorio Ho Chi Minh, porque el recinto estaba abarrotado desde mucho antes de la hora de inicio del acto.

Pero quizás uno de los méritos centrales de la obra y la acción del hoy "reconocido", por no decir homenajeado, sea su permanente interés, por lo general cumplido, de que la academia o lo académico no se quedara en las aulas o los cubículos, restringido a la complacencia de unos cuantos diletantes de las ciencias sociales.

Con una convicción —a mi modesto juicio correcta— de que lo académico no tiene razón de ser si no sirve para ser utilizado como un formidable instrumento para la transformación de nuestras lacerantes realidades, tanto en los objetos de estudio, los con-

tenidos y el propio lenguaje utilizado en la mayoría de su obra escrita, y en sus intervenciones personales, están orientados a alcanzar al más amplio auditorio posible, en especial a los trabajadores urbanos y rurales, con los que nunca ha dejado de tener contacto, discutir sus problemas y buscar salidas de beneficio generalizado.

En buena medida, su decisión de solicitar su retiro de la vida universitaria obedeció a la necesidad de disponer de tiempo para dedicarlo a una acción política directa y de intercambio constante con las organizaciones populares.

Esta actitud, sin duda generosa, seguramente la aprendió él, a su vez, de sus propios antecesores y maestros, como el inolvidable y aún vigente Narciso Bassols.

Esta poco común confluencia de intereses académicos, vocación política y de servicio social y capacidad de organización lo llevaron a emprender una gran diversidad de actividades, ya sea editoriales, culturales o de movilización social, las que sería demasiado prolijo enumerar y es posible que se repitieran en otras intervenciones de esta misma noche, además de que son muy bien conocidas por todos los presentes.

Su calidad de promotor nato lo ha llevado, por su propia cuenta o en colaboración con amigos, compañeros y correligionarios, a campos de trabajo originales y creativos, como la fundación y cofundación de la Editorial *Nuestro Tiempo*, la revista *Estrategia*, el Seminario de *Teoría del Desarrollo*, la misma revista del Instituto, *Problemas del Desarrollo*, y otras empresas de corte político, a las que se referirán, como apuntaba antes, otros participantes.

Podríamos seguir recordando esfuerzos y actividades desarrolladas por Alonso Aguilar, pero su mera enumeración rebasaría el tiempo acordado para ocupar esta tribuna, como también sería probablemente ocioso mencionar algunos de los títulos de sus libros y otras publicaciones, casi todas, por cierto, sobrevivientes a la crisis teórica y editorial que hemos padecido durante ya demasiado tiempo, y sobre los que el maestro Aguilar ha reflexionado y escrito.

Además, *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*, *Problemas estructurales del subdesarrollo*, *México: riqueza y miseria*, *Dialéctica de la economía mexicana*, *La burguesía, la oligarquía y el estado*, *Teoría leninista del imperialismo*, *La inflación en México*, *El capital extranjero en México*, *¡Hagamos cuentas... con la realidad!* entre muchas otras obras, individua-

les y colectivas, ya forman parte del acervo y patrimonio intelectual, cultural y de lucha de nuestros pueblos. Se trata de verdaderos "clásicos" nacionales, aunque la expresión pueda sonar exagerada a algunos (que, desde luego, nunca publicarán algún equivalente). No abundaré sobre la trayectoria del trabajo de Alonso Aguilar, porque no se trata aquí de un reconocimiento curricular, en el que tendríamos que traer a colación una rica variedad de actividades en el ámbito del quehacer público, el desempeño profesional independiente y la docencia, en las que se distinguió por su responsabilidad y entrega.

Esta intervención va mucho más allá, pues se trata mediante ella de hacer un reconocimiento esencial, y tiene la muy restringida pero sincera y honrosa misión de dejar constancia de que, no obstante que a veces demos la impresión de haber olvidado o peor aún, menospreciado a nuestros mejores compañeros, en realidad los valoramos en toda la extensión conceptual del término, sobre todo en este caso particular, frente al maestro Alonso Aguilar, a quien las ciencias sociales latinoamericanas, nuestro pueblo y muy especialmente el Instituto de Investigaciones Económicas, y todos los que de una u otra forma hemos recibido su amistad, su compañerismo y sus enseñanzas, le salimos debiendo.

En homenaje a Alonso Aguilar Monteverde

D.F. Maza Zavala•

En Alonso Aguilar Monteverde, rendimos homenaje a los científicos sociales y pensadores revolucionarios de nuestra América, la que desde este gran país hasta el extremo sur del continente es una sola patria, una sociedad de pueblos o república de naciones, como la denominara en su luminosa utopía Simón Bolívar. En el maestro Aguilar, maestro de maestros, encarna el ideal de la vida creativa, de la conciencia inquebrantable, de la ruta orientada hacia objetivos claros y justos de liberación social y solidaridad humana. Es bueno exaltar este ejemplo de lealtad a los principios, de consecuencia en la lucha por construir un mundo sin explotación, sin pobreza y sin depredación de la naturaleza, en una época como la actual en que todo parece trastornarse, en que caen los paradigmas, parecen triunfar el pragmatismo y el oportunismo y se cotizan los valores de la inteligencia en el mercado de los cínicos postores.

Llega el maestro Alonso Aguilar a la serena edad del séptimo decenio con la frente en alto, limpia de sombras, angustiada sin embargo, por múltiples preocupaciones trascendentes. Grandeza y humildad se combinan en este conductor de ideas, nobleza verdadera en sus actos y actitudes, bonhomía auténtica en los gestos y en la sonrisa que talla en su rostro de antiguo caballero la fuerza de su pensamiento que transita sin derecho de peaje los caminos latinoamericanos. Setenta años en la vida de un luchador infatigable no es una cima: es sólo el comienzo de una esperanza.

Desde hace tiempo aprendo en los libros de Alonso Aguilar las complejas cuestiones del subdesarrollo y del desarrollo. Si bien se puede proponer la tesis de que el desarrollo es un mito, un señuelo para naciones dependientes y sumergidas en los padecimientos

• Ex Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y ex Presidente de la Academia Nacional de Ciencias Económicas de Venezuela.

económicos y sociales, a la manera de Celso Furtado, no es posible negar la realidad perversa que se identifica como subdesarrollo. Es la temática de Aguilar, su más frecuente objeto de estudio e investigación: orígenes, estructura, problemas, características del subdesarrollo, fenómeno histórico en cuya gestación y existencia no pueden ocultarse los malos manejos del capitalismo, en particular en su fase monopolista e imperialista.

Desarrollo y subdesarrollo son categorías dialécticamente relacionadas, como lo son riqueza y miseria, dominación y dependencia. Son contraposiciones que coexisten no tan pacíficamente sino casi siempre al borde de la violencia. El subdesarrollo no es una etapa histórica necesaria en la vía al desarrollo sino un proceso vinculado a las configuraciones y transfiguraciones del capital. Esto no significa que mientras exista capitalismo habrá subdesarrollo. Es posible subvertir la realidad del subdesarrollo sin que se tenga que esperar el derrumbe del capitalismo. Es la enseñanza que he extraído de la lectura de Aguilar.

Nuestro homenajeado no agota su esfuerzo ni su capacidad creativa en las obras escritas que son muchas y ejemplares. Trabaja también en los escenarios concretos del combate social y político. Pensamiento y acción se conjugan en su quehacer. Así como ha formado escuela de ideas también anima y orienta a colaboradores y amigos para la actividad que abre camino a la transformación revolucionaria. Es en contacto con la gente del común como se enriquecen y tiemplan las ideas. En los laboratorios cerrados como torres de marfil se congelan y esterilizan.

Es así como Alonso Aguilar y Fernando Carmona acometen la ardua empresa de la fundación y el mantenimiento de la revista *Estrategia*. Va por el número 106 y ello es mucho decir. La expansión del capitalismo en el mundo hasta las fronteras temporales de la historia no ha logrado apagar este faro de los sobrevivientes de la catástrofe.

También es así, en un plano académico proyectado a la tormenta de las opiniones, de los debates y sin embargo, sujeto al análisis riguroso, como crea el Seminario de *Teoría del Desarrollo*, en el ámbito universitario, que arriba sin detenerse a un nuevo aniversario, celebrando una nueva jornada que culminó hoy. En este seminario siembran y cosechan los maestros Aguilar y Carmona, en compañía de investigadores que los admiran y quieren.cae por tanto la simiente en la buena tierra.

Alonso Aguilar se jubila formalmente en esta universidad. Jubilarse para hombres como él no es escaparse ni rendirse ni apoltronarse, sino reafirmar la voluntad de ser, de servir, de hacer, de vivir. ¡Cuánto hay por delante, cuánto trabajo, cuánta obra por realizar, cuánto entusiasmo, maestro Aguilar, amigo, quien ni siquiera puede hacer un alto en el camino y menos aún para disfrutar del reposo del guerrero!

Con ocasión del homenaje a Alonso Aguilar Monteverde

Pedro Vusković Bravo*

Hay fases en la vida de un hombre —todavía en plena actividad creativa— en que es legítima y oportuna una expresión de reconocimiento por lo que ha sido su contribución intelectual y su ejemplo de compromiso con las causas más nobles. Es el caso, tan merecido, de Alonso Aguilar Monteverde; más aún porque le debemos también su entrega generosa de amistad y compañerismo a quienes hemos tenido la suerte de compartir algo de sus tareas.

Habrán quienes, con más propiedad, harán el recuento de sus aportaciones, las obras que ha publicado, la síntesis de las ideas que ha expuesto y escrito, de las que tanto nos hemos beneficiado. Mi testimonio no tiene más que la sencilla intención de dar cuenta de cómo he sentido su condición humana.

Porque conocer a Alonso, al inicio mismo de un exilio que habría de prolongarse, fue para mí percibir la primera expresión de la generosidad de los mexicanos, confirmada después tantas veces, para acoger en su tierra a quienes no podían entonces estar en la suya. Y no sólo para ofrecer un espacio de vida, sino para compartir luchas y tareas, para hacer suya la causa de otros pueblos de América Latina. A través de Alonso, comencé a conocer México.

Al aproximarme a él, supe de su vivir modesto, de su renuncia a conquistar mayores bienestares materiales al precio de dedicarles tiempos que decidió reservar para el cumplimiento cabal de lo que sentía que debía hacer, o que pudieran mellar su independencia para decir sin concesiones ni autocensuras lo que pensaba que debía decirse. La conducta exactamente opuesta a aquella que Pe-

* Investigador del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades (CIITH), UNAM.

tras calificó como "la metamorfosis de los intelectuales latinoamericanos".

Aprecié la rigurosidad de su análisis de los problemas sociales, en los conceptos y categorías tanto como en el lenguaje. Cada escrito suyo me pareció una convocatoria a esa rigurosidad; pero lejos a la vez de cualquier deformación o pretensión tecnocrática: cada referencia económica reconocida y situada siempre como expresión de un asunto más amplio, sin olvidar ni ocultar su significación política.

Comprobé su profundo compromiso latinoamericano, manifiesto constantemente en su interés por cada uno de nuestros países y su disposición a hacer propios sus problemas y sus luchas; muy particularmente en su identificación y solidaridad de siempre con la revolución cubana.

Admiré su capacidad para enseñar y aprender, ávido siempre de ampliar y profundizar su conocimiento; maestro ejemplar y estudiante permanente. Como también su disposición y capacidad para proyectar su quehacer a todos los planos en que reconocía compromiso. Investigador de excepción, le preocupa que los frutos del trabajo académico se trasladen al conjunto de la sociedad; entonces, funda editorial y revistas. Y que su propia contribución no se limite a las aportaciones intelectuales, sino también al quehacer concreto que busca llevar las ideas al terreno de la práctica, decidiendo ser así, a la vez, académico y militante.

Puesto que no esperó con todo ello más retribución que su fidelidad con su conciencia y el afecto de sus compañeros, brindémele con la misma generosidad suya el reconocimiento de aquella fidelidad y hagamos explícito el cariño fraternal de la amistad que supo inspirarnos.

Palabras de Alonso Aguilar Monteverde*

Confieso que al conocer la invitación que se hizo para asistir a este sencillo acto, sentí una mezcla de preocupación y de pena; de preocupación, porque cuando Fernando Carmona me habló de él, creí que más que de algo personal se trataría de recordar lo que, a lo largo ya de 20 años intentó el Seminario de *Teoría del Desarrollo*, y de pena, porque al ver los elogios que se hacen de mí no pude menos de contrastarlos con la realidad, lo que me afirmó en la convicción de lo inmerecido del reconocimiento. Es cierto que acabo de cumplir 70 años, que no son pocos; pero hacerse viejo no es un mérito sino tan sólo un hecho natural que hay que sobrellevar con discreción y que comprueba que el tiempo es en verdad implacable, y en cierto modo un reto que obliga a reapreciar las limitaciones y posibilidades que ofrece cada momento de la vida. Y al llegar a los 70 años puedo decirles que, lejos de hacer de ello un melodrama convencional, o de ser ganado por la desconfianza, el escepticismo o el desaliento, aspiro a seguir viviendo con alegría y entusiasmo, y a hacer lo poco que esté a mi alcance y a menudo incluso lo que no esté, porque el tratar de convertir la utopía en realidad, enriquece la vida, la humaniza y le da otro sentido y otra dimensión.

También es cierto que recientemente me separé de la Universidad después de 33 años, y ello fue lo que me hizo aceptar esta

* Co-fundador de la revista *Problemas del Desarrollo*, fundador y primer coordinador del Seminario de Teoría del Desarrollo del IIEc, UNAM.

informal y amistosa reunión, a la que vi como un grato reencuentro y una especie de cordial despedida. Mi sincero agradecimiento a quienes lo organizaron, desde luego a los distinguidos maestros —y para mí, sobre todo viejos y queridos compañeros y amigos— que aquí hablaron con tanta generosidad, y a todos ustedes por la gentileza de acompañarnos.

¿Qué fue lo que nos movió al crear el Seminario de *Teoría del Desarrollo*? En esencia, tratar de entender mejor lo que son nuestros países y, concretamente, profundizar en el fenómeno del subdesarrollo. Desde tiempo atrás, en el Seminario de Desarrollo y Planificación, en la Escuela Nacional de Economía, y aun mucho antes en otros centros y desde diversas perspectivas, con compañeros principalmente economistas me tocó trabajar sobre los problemas del desarrollo. Y a diferencia de quienes reparaban en aspectos parciales y casi siempre secundarios y de poca monta, nosotros advertimos que el atraso de nuestros países era algo profundo, propiamente estructural y de largo alcance, que nos obliga a conocer a fondo el proceso histórico que determina el subdesarrollo. En tal virtud tratamos de comprender cómo se dio históricamente la transición del feudalismo al capitalismo, y sobre todo, cómo se desenvolvió el sistema capitalista tanto en los países hoy industrializados como en aquellos que siguen siendo pobres y económicamente atrasados, y qué caracteriza lo complejo, singular y dialéctica relación entre el capitalismo y el subdesarrollo.

Cuando empezamos a trabajar en el Seminario, convencidos de que para explicarnos esos problemas era preciso contar con una guía teórica, y que ello suponía en primer término conocer la realidad, decidimos trabajar los primeros años no ya sobre el capitalismo, en general, sino específicamente sobre la fase actual del desarrollo del sistema en los países industriales, o sea sobre el imperialismo. En una segunda etapa —también de varios años— centramos nuestra atención en la larga y profunda crisis en la que desenlaza la expansión de la posguerra y de la que aún no nos libramos, y posteriormente empezamos a reparar más de cerca y de manera directa en los problemas fundamentales de nuestros países, y el rescate de aspectos importantes de su pensamiento. Ocasionalmente nos interesamos, además, en la problemática de la transición al socialismo en América Latina, y convencidos de que la contradicción capitalismo-socialismo era la principal de nuestra época, proyectábamos trabajar, sistemáticamente también, en torno

a ese proceso y los problemas de esta nueva formación social, lo que sin embargo ya no hicimos al menos en los años en que yo colaboré más de cerca con el Seminario.

Muchas de las cosas que proyectamos quedaron sin hacerse. En otras, nuestros exámenes fueron muy iniciales e insuficientes y dejaron múltiples dudas, y desde luego, a menudo incurrimos en fallas y errores que a la postre nos impidieron comprender el alcance de ciertos hechos y aun el curso del proceso histórico. Uno de esos errores, a mi juicio, fue el no haber logrado un conocimiento mayor y un seguimiento más estrecho de la realidad concreta y sus continuos cambios. Pero en conjunto, creo que el saldo del esfuerzo fue positivo y que el Seminario logró ser un espacio abierto al examen de problemas reales, así como al diálogo y a la discusión respetuosa.

Nuestro querido amigo colombiano, Antonio García, después de varias sesiones en que evaluamos críticamente uno de sus principales trabajos, me dijo alguna vez:

Conserven y den el mayor apoyo posible a este Seminario. Conozco muchas de nuestras universidades en América Latina, y en ninguna encontré un Seminario permanente de este tipo, en el que, de manera metódica y a partir de la realidad en que nos movemos, se aspire a avanzar en la explicación teórica de nuestros más graves problemas, no con un propósito meramente académico sino con miras a saber qué hacer frente a ellos y cómo contribuir a resolverlos. Y lo que es menos común —agregó Antonio— es que tal esfuerzo tenga continuidad y que en él participen investigadores que trabajan en diversas disciplinas, en diferentes universidades y países y, sobre todo, cuyas posiciones filosóficas y políticas suelen ser muy distintas.

No somos, desde luego, quienes participamos más de cerca en ese Seminario y en otros esfuerzos análogos, a quienes corresponde señalar si lo hecho tuvo o no alguna importancia. Lo que en cambio sí quisiera decir es que trabajamos a partir de ciertas ideas centrales que creo fueron y siguen siendo fundamentalmente correctas.

Por ejemplo no vimos la teoría como dogma sino como guía para comprender ciertos problemas y poder actuar sobre ellos; tratamos de escapar al esquematismo y a caracterizaciones simplistas divorciadas de la realidad; hicimos un esfuerzo por entender ésta

en planos concretos y como algo complejo, multidimensional y siempre cambiante; intentamos ver el presente como historia, o sea nuestros problemas de hoy no aislados y estáticamente, sino en planos dinámicos y en su justa perspectiva; quisimos comprender mejor lo que nuestros países tienen de común y de diverso; concebimos la ciencia social como una sola, sin compartimientos estancos, y en la que sus disciplinas y enfoques pueden complementarse y hacer aportes significativos; intentamos romper con planteos lineales, mecanicistas y apologeticos y comprender, en actitud crítica, la dialéctica del desarrollo social, y en fin, rechazamos la investigación academizante, formalista, libresca, y a menudo incluso pedante, que pese a no explicar seriamente nada, a veces es un medio para hacer carreras vistosas, convencionales y mediocres, pero bien retribuidas.

Gracias al esfuerzo de muchos años comprendemos hoy mejor las condiciones de nuestros países y nuestros pueblos, así como los problemas que, bajo la presente crisis, vive el capitalismo. Lo ocurrido, en cambio, al socialismo, nos tomó por sorpresa y obliga a repensar muchas cosas. Quizás nuestro mayor error consistió en que llevados de la simpatía hacia el nuevo sistema, aun advirtiendo serias fallas en su funcionamiento, confiamos en que a partir de la revolución de octubre se abría una nueva fase de la historia, en la que el hombre, incluso un nuevo tipo de hombre, empezaría a hacerla a partir de su propio esfuerzo, y al pensar así idealizamos lo que en realidad era muy diferente y mucho más difícil.

El progreso social, como sabemos nunca fue fácil, uniforme, lineal y menos aún irreversible. La historia es un complejo proceso de continuos altibajos, en el que la continuidad expresa siempre contradicciones y aun supone profundas rupturas. Incluye las más grandes revoluciones nunca alcanzaron plenamente los objetivos que postulaban como fundamentales. La revolución francesa, pese a su enorme importancia, no pudo impedir el retroceso que hay entre el primero y el tercer Napoleón, y a más de 200 años del 89, Francia sigue muy lejos de la libertad, la igualdad y la fraternidad que esa revolución levantó como bandera. Los Estados Unidos de Reagan, Bush, la CIA, la invasión de Panamá, la guerra del Golfo Pérsico y el narcotráfico, nada tienen que ver con la revolución que Washington encabezó para asegurar la democracia y la independencia estadounidenses. Y los mexicanos de mi edad, en particular, que nos formamos oyendo hablar todos los días de

la Revolución de 1910 y sus grandes virtudes, sabemos que una cosa son las palabras y otra los hechos, y que sería punto menos que grotesco pensar que el México de hoy, con sus profundas desigualdades y dramáticos contrastes de riqueza y miseria, con tantos funcionarios públicos neoporfirianos que se enriquecen ilegalmente, en donde los gobernantes se imponen de arriba abajo en vez de que el pueblo los elija, en donde unos cuantos negocian hasta con los principios, renuncian a ser libres e independientes y se conforman con servir ciertos intereses extranjeros, sería impensable que ese México es aquél en el que soñaron y por el que lucharon desde siempre nuestros mejores hombres y mujeres.

Pero el que aun las grandes revoluciones no fueron lo que debían y aun podían haber sido no es razón para que nos sintamos defraudados y reneguemos de ellas y aun de la historia, y mucho menos para que ahora, sin creer ya en nada, caigamos en el más raso pragmatismo, nos desentendamos de todo lo que realmente importa, y como sugieren los neoliberales nos crucemos de brazos en espera de que el mercado, el móvil de lucro y el Fondo Monetario Internacional resuelvan nuestros más graves problemas.

Nos enfrentamos a una situación excepcionalmente difícil y lo hacemos, además, en el marco de una correlación de fuerzas muy desfavorable. Habría sido mejor, claro está, que las cosas fueran diferentes. Pero aquí y ahora nos tocó vivir, y por tanto a esa situación, y no a otra, tenemos que ser capaces de responder.

Hubo en nuestra historia momentos mucho más difíciles que el presente. Imaginemos la decisión y valentía que, bajo una férrea dictadura como la de Porfirio Díaz reclamó la lucha por la libertad y el alto precio que, en términos de sangre y vidas humanas tuvo nuestro pueblo que pagar. ¿Y qué decir de la heroica gesta que Juárez, Ocampo, Ramírez, Lerdo y tantos otros ilustres mexicanos libraron frente a la Francia imperial, arrogante y militarmente poderosa que atenta contra nuestra soberanía, o de la hazaña excepcional de Hidalgo y Morelos que, con sólo la razón, la fe en su causa y la justicia de su lado, a veces con más que palos, piedras y unas cuantas viejas armas se lanzan contra las fuerzas colonialistas entonces más poderosas, para abrir paso a nuestra independencia?

La hora presente, con todo y ser muy difícil no justifica el desaliento ni, menos todavía, el derrotismo. Incluso no deja de ser

una situación fascinante y un desafío insoslayable que pone a prueba nuestra capacidad para adueñarnos de nuestro destino.

Quienes hayan pensado que la historia era un camino corto y no el penoso proceso que suele ser, probablemente se rendirán, se darán por vencidos y preferirán voltear hacia el pasado, en vez de afrontar los riesgos que el presente y el futuro nos deparan. Quienes, en cambio, estén dispuestos a encarar las nuevas realidades y a tratar de comprenderlas para poder modificarlas, seguramente tendrán mucho qué hacer y mucho qué vivir.

Frente a lo que hoy acontece, a menudo se siente uno inseguro y hasta desarmado. Los hechos obligan a replantear y reapreciar críticamente todo lo que hasta aquí hayamos pensado. Y si demuestran que nos equivocamos, éste es el momento de saber por qué fue así y cómo podemos corregir nuestros errores. La tarea es apasionante y en rigor no partimos de cero. Contamos con experiencia y con un instrumental de análisis no deleznable pero que padece, a la vez, de graves limitaciones que ahora están a la vista. La ciencia social no es algo acabado y menos todavía un recetario, un ábrete sésamo o un conjunto de verdades absolutas e inobjctables. Es sólo un medio imperfecto, a veces todavía rudimentario y burdo, que en un difícil proceso de aproximaciones sucesivas siempre sujetas a la prueba y el error, nos permite conocer mejor ciertos problemas. Y hoy, cuando se dispone de tantas y tan impresionantes técnicas que sin duda facilitan el conocimiento, especialmente para los jóvenes se abre todo un nuevo, ancho y prometedor horizonte a la reflexión y el examen más preciso, incisivo y riguroso de la realidad, de la realidad concreta, es decir de carne y hueso, lo que invita a romper con viejos prejuicios y dogmas, a pensar de nuevas maneras y creadoramente por nosotros mismos.

Y digo que ese fascinante escenario se abre para los jóvenes, porque los viejos no aprendemos ya fácilmente y tenemos que conformarnos con nuestra ignorancia. Yo al menos la acepto modestamente y sin que me cause inquietud. Y conciente de que no tengo ya el tiempo necesario para aprender lo que sería preciso y que inclusive ni siquiera puedo aspirar a saber lo que creía saber hace treinta o cuarenta años, estoy dispuesto a depender cada vez más del conocimiento de otros, y en particular del esfuerzo y la capacidad de los jóvenes. Por eso en buena parte decidí separarme de la Universidad, y ahora me limito a algunas cosas bien modestas por cierto, no en el medio académico sino en el ámbito del

quehacer político, o sea a trabajar —en un nuevo y diferente encuadramiento— con otros mexicanos que, a sabiendas de que cambiar la realidad es mucho más difícil que entenderla, estén dispuestos a buscar nuevos caminos, a organizarse, a actuar y a militar con disciplina en un esfuerzo tan incierto como el tratar de que, desde una posición progresista, a partir fundamentalmente de la acción pueda contribuirse a enriquecer el pensamiento y a que las cosas, mañana, sean por lo menos distintas y mejores que hoy.